

El refugio

El sol brillaba con alegría aquella mañana, pero sus rayos no hacían más que reflejar mi pena. Se me había acabado el tiempo. Volví a estar solo. Nos despedimos en la puerta sur de Magnalia.

— ¡Recuerda, nunca trates mal a un calderero! ¡Trae mala suerte! —vociferó, alejándose en su carromato por el camino del sur, agitando la mano a modo de saludo.

Me quedé ahí clavado, incluso después de que él desapareciera en el polvo del terroso sendero. ¿Qué iba a ser de mí? ¿Buscar trabajo en una posada? Yo quería matar al rey Tenentor, pero ¿por dónde se empezaba para llevar a cabo tal voluntad? Uno de los alabarderos me sacó de mis cavilaciones tan bruscamente que apenas sentí la patada en el trasero que me instaba a largarme. Cosa que hice con celeridad y mala cara. ¿Acaso no me encontraba ya en un estado lastimoso?

Hotus me regaló un macuto de piel con varias cosas dentro. Había eslabón y pedernal, la aguja de hueso e hilo de tripa, un pellejo con agua y una capa de lana enrollada. Aquello no me sorprendió, porque me lo había anunciado la noche anterior. Sin embargo, cuando quise probarme la capa verde oscura, descubrí que había algo en un bolsillo. ¡Un libro! Pero yo no sabía leer. Ni sabría, pensé. ¿Lo habría dejado ahí a propósito? Supuse que no. Que se trataría de un descuido del viejo y olvidadizo Hotus.

Recorrí las calles de la Baja Magnalia de mal humor, haciendo exactamente lo que Hotus me había dicho que hiciera: buscar empleo en una posada. Juro por las cuatro guardianas que pregunté en varias docenas de ellas, todas las que me permitieron atravesar el umbral sin echarme a patadas. ¿Qué tenía esa gente con las patadas? ¿O acaso era mi trasero una especie de imán? Mi desamparo creció con aquel episodio: nadie quería contratarme. Al principio, lo achaqué a mi corta edad, luego con algo más de reflexión pensé que bien podría deberse a mi acento rural. Si hubiera tenido algún año más, habría deducido fácilmente que el hecho de que las tabernas estuvieran vacías justificaba la ausencia de empleo. Si no había vajilla que limpiar, de nada les serviría yo.

Seguí deambulando por la ciudad con el macuto de Hotus y la esperanza de encontrar un refugio cálido en algún callejón discreto pero limpio. ¡Qué iluso era! Tras varias campanadas, tampoco lo encontré, obviamente. Y el sol ya se había ocultado tras los altos muros negros de Magnalia, por lo que tenía que darme prisa.

Anduve por callejuelas oscuras, obviando los peligros de la noche, pues no los conocía aún. Pese a mi falta de experiencia en el arte de buscar cobijo, cuando mis ojos vieron una sólida y resguardada caseta para perros junto a un casón de piedra, estuve a punto de gritar de puro júbilo. Me acerqué con sigilo, hasta que pude comprobar que, tal y como esperaba, no tenía anfitrión. Metí mi macuto y entré gateando. Me envolví en mi recién adquirida capa y me arrebujé en el fondo, apoyando la espalda contra el frío muro de argamasa. No había conseguido comida, ni empleo. Pero tenía un pellejo medio lleno de agua y había encontrado un hogar completamente vacío. Sonreí. Cerré los ojos y pensé que las cosas me irían bien en la ciudad.

Otro gallo me despertó al alba. O quizá fuera algún gallo ya conocido, con la voz cansada, afónico o acatarrado. Un canto poco elegante, en todo caso. No obstante, fue una grata sorpresa que

fuera un gallo y no otra cosa la que me despertara, pues aún temía que alguna bestia canina me sacara de allí con la fuerza de sus colmillos.

Di una vuelta por el vecindario a plena luz del día, para familiarizarme con el lugar. Tenía el cuerpo magullado y las piernas doloridas, de modo que debía distraer al dolor. No quería alejarme demasiado de mi recién adquirido refugio, por si las moscas. Di rienda suelta a mi cerebro y rápidamente se convirtió en un hervidero de ideas prometedoras en ebullición.

Buscaría paja para hacerme un buen jergón y dormir cual marqués. Me haría con un tablón de madera para cerrar el orificio de la entrada y resguardarme del frío. Pensé en algún modo de conseguir una lampara de aceite, pero al no ocurrírseme nada realmente inteligente, aparté ese capricho para más adelante. No era momento para pensar en ese tipo de lujos. Si las cosas me iban bien en el noble arte del latrocinio, amasaría suficientes víveres para hacerme un pequeño almacén y sobrevivir al invierno sin problema. El bueno de Berger me enseñó, con un curioso cuento sobre una cigarra y una hormiga, que uno siempre debía estar preparado para las épocas malas. Recordé que un hombre acudió a Hotus en busca de hojalata para hacer conservas, por lo que pensé que iría a visitar a un hojalatero más adelante, cuando tuviera comida de sobra.

Me emocioné tanto con tales perspectivas que la primordial misión de encontrar un empleo pasó al segundo plano. O al tercero, cuando en el mercado logré robar la primera manzana con éxito. El frutero ni se enteró. Así, con los ánimos por las nubes, fui en busca de paja para mi jergón.

De camino a una pequeña granja a la que había echado el ojo anteriormente me topé con un pozo, y daba la casualidad de que mi pellejo estaba prácticamente vacío. Una mujer joven, delgada y paliducha estaba sacando el cubo, y cuando llenó su odre, no vi que le pagara ni una moneda al guardia. De modo que me acerqué con una sonrisa que no podía ser mayor, aunque la del guardia al despedirse de la joven no se quedaba lejos.

– Me gustaría rellenar mi pellejo –dije.

– Son tres peniques –rezongó, mirándome de arriba abajo.

Entonces le dije que no tenía dinero, y él, que entonces no tenía agua. Aquello me confundió al principio, y al comprender que se estaba riendo de mí me puse furioso. Grité que los pozos siempre tienen agua, y que además había visto a la joven señora rellenar su odre sin pagar.

– Pero ella me hace otros favores. Favores que valen más de tres peniques.

Vi la oportunidad y no dudé en aprovecharla: le propuse hacerle algún favor, que me había criado en una granja y sabía tanto de vacas como de hortalizas. Incluso mencioné con cierta arrogancia que sabía de medicina botánica, recordando aquella vez en que el bueno de Berger me golpeó con ortigas en el hombro para curarme el dolor con escozor.

El caso es que mis intentos de persuadir al guardia resultaron vanos, y no había ningún favor que pudiera hacer que le convenciera. Empezaba a pensar que mis talentos no le resultaban útiles a nadie en aquella antipática ciudad. Seguí mi camino hacia la granja, y de paso robé otra manzana en un puesto de fruta distinto, para consolarme por el fracaso del agua. Mientras mordía la manzana, me prometía que me vengaría de ese guardia.